
TEXTOS DE SIGMUND FREUD SOBRE LA FEMINIDAD

LA VIENA DE PRINCIPIOS DE SIGLO

«Freud desarrolló sus ideas sobre la etiología sexual de las neurosis y posteriormente sobre la psicología femenina en una ciudad sexualmente licenciosa y en la que durante largo tiempo encontró su expresión un movimiento feminista. Frecuentemente se rechaza el psicoanálisis como la fantasía cultural de un hombre atrapado en su época. Freud es un "patriarca victoriano", en cuyo caso las visiones de la Inglaterra puritana se trasladan a la lasciva Viena o, con la misma arbitrariedad, se afirma que su desagradable teoría en el sentido de que el sexo reposa detrás de todas las cosas, era el resultado de vivir en una capital cosmopolita que era la olla de carne de Europa. [...]

Si bien la vida sexual vienesa no explica el psicoanálisis, las reacciones de Freud ante la misma presentan interés. Freud condenaba la moral represiva burguesa y si bien en ocasiones parece algo retrógrado, las condiciones de Viena explican, en parte, su actitud.

Viena representaba el conocido contraste entre la moral restrictiva de la familia burguesa y la licencia sexual de las calles. [...] Freud declaró en más de una ocasión que el adulterio o el divorcio habrían salvado a más de una mujer de un episodio neurótico. [...] Los hábitos sexuales de la burguesía conducen a los hombres a la inmoralidad y a la perversión, y a las mujeres a un exceso de refinamiento, a pensamientos etéreos y a la neurosis. Freud criticó con vehemencia los tabúes sexuales que la sociedad imponía al individuo. [...] El control sexual debía ser una elección individual y no el dictado de un sistema social alienante. [...]

En Viena abundaban las enfermedades venéreas y no eran fácilmente curables. Era más difícil evitar que encontrar a una prostituta "a toda hora y a cualquier precio; al hombre le costaba tan poco tiempo y problemas comprar a una mujer por un cuarto de hora, una hora o una noche, como comprar un paquete de cigarrillos o un periódico" (Stefan Zweig: *The World of Yesterday*, 1943). [...]

La feroz hipocresía de la vida sexual encontraba su expresión en la conocida dicotomía de diosa o prostituta, según las mujeres simbolizaran la sexualidad digna o indigna. Quizá lo insólito de este periodo sea que esa ideología banal de las mujeres adquirió una nueva vida e inspiró a algunos artistas y pensadores. [...]

Los artistas vieneses de fin de siglo fueron herederos de la misoginia de Nietzsche y Schopenhauer. Estos filósofos temían a la irracional y elemental sensualidad de las mujeres como se teme al poder anárquico de la sexualidad. Pero, por elemental e irracional que sea, la mujer manifiesta al mismo tiempo lo natural, lo espontáneo, lo sentimental; muchos escritores, sin rechazar su misoginia, se volvieron de Nietzsche y Schopenhauer a Goethe y a su concepción del eterno principio femenino que era la fuente de la perpetua renovación de la vida y el arte. [...] La noción de un principio creativo femenino es una versión enrarecida del culto a la maternidad; probablemente en todos aquellos que tomaron esta fuente de inspiración sea visible un complejo edípico no resuelto, como el que Freud diagnosticó. [...] La misma relación de Freud con el rol de las mujeres en la sociedad era más realista. Si exaltar ni rebajar su rol, proporcionó pocas esperanzas. La cultura ha cargado a la mujer con una parte pesada en la vida sexual y reproductora; por tal razón, esta tiene menos posibilidades de sublimar sus deseos sexuales en el interés del aprendizaje, pero no se la debe culpar por ello. Aunque veía en este un hecho de la división cultural de roles. Freud no parecía tener prejuicios contra las mujeres que lograban destacarse en el plano intelectual o artístico. Siempre dio la bienvenida a las mujeres psicoanalistas. Lou Andreas-Salomé fue la primera mujer que asistió a las reuniones selectas de los psicoanalistas. Freud se mostró sumamente interesado por las reivindicaciones contemporáneas de la emancipación de la mujer. [...]

Viena no solo era la capital del imperio más importante y un centro cultural y cosmopolita; también era la ciudad más judía de Europa. Allí nacieron el sionismo y el antisemitismo modernos. Los judíos alcanzaron en Viena una integración, un nombre y un lugar que hacía aún más perturbadora la discriminación en su contra. [...] Los vieneses veían así a Viena: Kraus comenta repetidas veces, refiriéndose a esta sociedad neurótica, que en tanto Prusia era un lugar en el que uno podía moverse con libertad, pero con la boca amordazada, Austria era una celda en la que se tenía derecho a chillar. El trabajo de Freud sobre la feminidad debe situarse en este marco y en medio de estas preocupaciones. Los factores que ofrecieron un marco a sus postulados fueron la situación sexual predominante, la actitud hacia la feminidad y la posición política de las mujeres (el movimiento feminista), pero no debemos echar en el mismo saco estas cuestiones y las respuestas que Freud proporcionó.» [Mitchell, Juliet: *Psicoanálisis y feminismo. Freud, Reich, Laing, y las mujeres*. Barcelona: Anagrama, 1976, p. 422 ss.]

LA CONSTRUCCIÓN DE LA FEMINIDAD EN SIGMUND FREUD

«En cierto sentido, Sandor Ferenczi, con su teoría de la genitalidad, viene a justificar por qué en la construcción freudiana de la historia la mujer no aparece como sujeto ni tampoco la lucha entre los sexos, porque esta lucha quedó decidida antes de la entrada del ser humano en la historia y no es susceptible de más determinación y, probablemente, ni siquiera lo necesita.

Lo que queda en la construcción de la feminidad que lleva a cabo Freud es lo que él considera una infundada "amargura hostil de las mujeres hacia los hombres, que se puede detectar siempre en las relaciones de los sexos y de la cual los esfuerzos y producciones literarias de las 'emancipadas' son los más claros indicios" (Sigmund Freud: "El tabú de la virginidad", en *Gesammelte Werke*, Londres: Imago-Publishing, 1942, Vol. XII, p. 176 y sig.) [Buenos Aires: Amorrortu, 1980, vol. XI, pág. 194].» [Hartmut Zinser, o. c., p. 77]

Para Freud las mujeres no dejarán nunca de representar un misterio.

«La sobresaliente significatividad de ambos temas –el deseo del pene en la mujer y la revuelta contra la actitud pasiva en el varón– no ha escapado a la atención de Ferenczi. En su conferencia de 1927 plantea, para todo análisis exitoso, el requisito de haber dominado esos dos complejos:

“Todo paciente masculino tiene que alcanzar un sentimiento de ecuanimidad con el médico, como signo de que ha superado la angustia de castración; y todas las enfermas mujeres, para que su neurosis pueda considerarse íntegramente tramitada, tienen que liquidar su complejo de masculinidad y aceptar sin resentimiento las consecuencias del papel femenino”.

Por experiencia propia yo agregaría que hallo a Ferenczi demasiado exigente en este punto.

En ningún momento del trabajo analítico se padece más bajo el sentimiento opresivo de un empeño que se repite infructuosamente, bajo la sospecha de “predicar en el vacío”, que cuando se quiere mover a las mujeres a resignar su deseo del pene por irrealizable, y cuando se pretende convencer a los hombres de que una actitud pasiva frente al varón no siempre tiene el significado de una castración y es indispensable en muchos vínculos de la vida. De la sobrecompensación desafiante del varón deriva una de las más fuertes resistencias transferenciales.

El hombre no quiere someterse a un sustituto del padre, no quiere estar obligado a agradecerle, y por eso no quiere aceptar del médico la curación. No puede establecerse una transferencia análoga desde el deseo del pene de la mujer; en cambio, de esa fuente provienen estallidos de depresión grave, por la certeza interior de que la cura analítica no servirá para nada y de que no es posible obtener remedio.

No se le hará injusticia si se advierte que la esperanza de recibir, empero, el órgano masculino que echa de menos dolidamente fue el motivo más intenso que la esforzó a la cura.

Pero de ahí uno aprende que no es importante la forma en que se presenta la resistencia, si como transferencia o no. Lo decisivo es que la resistencia no permite que se produzca cambio alguno, que todo permanece como es. A menudo uno tiene la impresión de haber atravesado todos los estratos psicológicos y llegado, con el deseo del pene y la protesta masculina, a la “roca de base” [“zum gewachsenen Fels durchgedrungen”] y, de este modo, al término de su actividad. Y así tiene que ser, pues para lo psíquico lo

biológico desempeña realmente el papel del basamento rocoso subyacente. En efecto, la desautorización de la feminidad no puede ser más que un hecho biológico, una pieza de aquel gran enigma de la sexualidad. Es difícil decir si en una cura analítica hemos logrado dominar este factor, y cuándo lo hemos logrado. Nos consolamos con la seguridad de haber ofrecido al analizado toda la incitación posible para reexaminar y variar su actitud frente a él.» [Sigmund Freud: *Análisis terminable e interminable* (1937), en *Obras completas*. Tomo XXIII. Buenos Aires: Amorrortu editores, 1991]



«Por el análisis de muchas mujeres neuróticas sabemos que atraviesan un estadio temprano en que envidian a su hermano el signo de la virilidad y se sienten perjudicadas y relegadas a raíz de su falta (en verdad, de su empujamiento).

Subordinamos al «complejo de castración» esta «envidia del pene». Si por «masculino» se entiende el querer ser varón, a esa conducta le cabe la designación «protesta masculina» acuñada por A. Adler [1910] para proclamar este factor como el portador de toda neurosis.

En esta fase las muchachas a menudo no ocultan su envidia, ni la hostilidad derivada de esta, hacia el hermano favorecido: hasta intentan orinar de pie como él a fin de sustentar su presunta igualdad de derechos. En el ya mencionado ejemplo de la esposa que tras el coito hacía objeto de agresión franca a su marido, a quien sin embargo amaba, pude comprobar que esta fase se había presentado antes de la elección de objeto.

Sólo después la libido de la niña se volcó al padre, y entonces deseó, en vez del pene, un hijo. No me sorprendería que en otros casos la secuencia de estas mociones se encontrara invertida y esa pieza del complejo de castración adquiriera eficacia sólo después de cumplida la elección de objeto.

De todos modos, desde el punto de vista de la historia de desarrollo, esta fase masculina de la mujer, fase en la cual envidia al varón su pene, es más temprana y está más cerca del narcisismo originario que del amor de objeto.

Hace algún tiempo se me ofreció por azar la oportunidad de analizar el sueño de una recién casada, y pude discernirlo como reacción a su desfloración. Dejaba traslucir fácilmente el deseo de castrar a su joven esposo y guardarse su pene.

Por cierto, también cabía la interpretación más inofensiva de que habría deseado la prolongación y repetición del acto; empero, muchos detalles del sueño contrariaban este sentido, y tanto el carácter como la posterior conducta de la soñante testimoniaban en favor de la concepción más grave.

Ahora bien, tras esta envidia del pene sale a la luz el encono hostil de la mujer hacia el varón, nunca ausente del todo en las relaciones entre los sexos y del cual proporcionan los más claros indicios los afanes y producciones literarias de las «emancipadas».

Ferenczi reconduce –no sé si ha sido el primero– esa hostilidad de la mujer, en una especulación paleobiológica, hasta la época de la diferenciación de los sexos. En el principio –opina–, la copulación se producía entre dos individuos de igual género, pero de ellos uno desarrolló un vigor mayor y compelió al más débil a tolerar la unión sexual. El encono provocado por ese sometimiento se continúa en la disposición de la mujer actual. No considero reprochable servirse de esas especulaciones siempre que se evite sobrevalorarlas.» [Sigmund Freud: *Obras completas*. Buenos Aires: Amorrortu, 1980, vol. XI, pág. 194]

RECORRIDO POR LA OBRA DE FREUD SOBRE LA FEMINIDAD

En 1931, Sigmund Freud, escribe un extenso artículo en el que resume todas sus ideas (y obsesiones) "Sobre la sexualidad femenina" (1931), *Obras Completas*, Tomo IV, Ed. RBA, Barcelona, 2006. Antes se había ocupado del tema en diferentes ensayos:

Tres ensayos para una teoría sexual (1905)

Freud mencionaba el "espeso velo" tras el que se oculta la vida erótica de la mujer. Descubre el inconsciente y elabora el mito de Edipo y el complejo de castración. Basándose en sus datos clínicos, afirma que la libido es masculina: "La sexualidad de las niñas tiene un carácter enteramente masculino. La libido es, de manera regular y conforme a leyes, de naturaleza masculina, ya se manifieste en el hombre o en la mujer".

La niña descubre que el niño tiene un órgano sexual. La frustración la lleva a la envidia y a reivindicar un órgano sexual, que si no lo tiene es por culpa de su madre, que la ha castigado.

Pero a partir de los años 20, a Freud le comienzan a asaltar las dudas en cuanto a la idea de una feminidad basada en la ausencia de pene y en la envidia (*Penisneid*). Esto correspondería en el hombre al miedo a la castración.

La organización genital infantil (1923)

En este texto Freud expone la primacía del falo. Para el niño no hay dualidad de sexos: la no posesión del órgano genital masculino equivale a castración. Freud se refiere al sujeto infantil masculino, pero añade que la creencia en el pene materno es compartida igualmente por la niña.

La percepción de órgano del varón hace que la niña se perciba como castrada. Con este complejo de castración, entra en la fase fálica "como en un puerto" dice Freud. La niña se vuelve mujer al final de la fase fálica. Freud dirá: "la niña no nace mujer, sino que deviene".

Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia sexual anatómica (1925)

El complejo de castración lleva a la desaparición del complejo de Edipo. Este complejo de castración, sin embargo, en la niña posibilita el complejo de

Edipo. El deseo de un hijo del padre muestra que la tendencia edípica tiene una larga prehistoria, que también habría que postular para el varón.

Inhibición, síntoma y angustia (1926)

A partir del complejo de castración, el niño y la niña acceden cada uno a su propio sexo y, gracias a él, cada uno puede ocupar su lugar de pareja en la relación sexual.

En los textos de 1931 y 1932 Freud replantea la incógnita señalada en 1925. ¿Qué es lo que lleva a una mujer a desear a los hombres y le hace abandonar su primer objeto de amor?

Sobre la sexualidad femenina (1931)

En este artículo resume Freud todas las ideas elaboradas en años anteriores. Freud expone cómo la niña se hace mujer a partir de su disposición bisexual. Constata la disimetría entre los dos sexos con respecto a o en su relación con el complejo de castración.

1er apartado, de la sexualidad femenina 1931

“El apego a la madre”. El primer objeto de amor, tanto para el varón como para la niña, es la madre. En el varón los sentimientos hacia la madre se intensifican y el niño se convierte en rival del padre. La niña debe renunciar a la zona genital dominante hasta entonces, el clítoris, a favor de la vagina. Así el desarrollo sexual de la niña discurre en dos fases:

En la infancia lo esencial de la genitalidad gira alrededor del clítoris.

La vida sexual de la mujer se divide siempre en dos fases: Una fálica, de carácter masculino, que corresponde al clítoris, y otra específicamente femenina, que corresponde al predominio de la vagina.

2º apartado – La primacía del falo

No hay una primacía genital sino una primacía del falo. Freud articula los dos sexos como el temor a perder en el niño y el deseo de adquirir en la niña.

La novedad que introduce Freud en este texto de 1931 y el de 1932, es la importancia que tiene el cambio de objeto en la niña y que no se hace de una vez por todas: “se salda con odio hacia la madre, que era el primer objeto de amor, odio que persiste mucho tiempo y se manifiesta en una multiplicidad de reproches y quejas”.

Al descubrir la niña que la madre está también castrada, la deja caer como objeto amoroso y demanda de su padre lo que no le ha dado la madre: el deseo de poseer el pene queda reemplazado por el deseo de un hijo.

3er apartado

En la actividad sexual de la niña en las fases oral, anal y fálica está involucrada la madre. Al desprenderse de su vinculación con la madre, la niña reduce los impulsos sexuales activos acentúa los pasivos, que son los que le permiten hacer una transición hacia el objeto paterno.

SIGMUND FREUD: SOBRE LA SEXUALIDAD FEMENINA (1931)

«Über die weibliche Sexualität»

[Sigmund Freud: "Sobre la sexualidad femenina." (1931). En *Obras Completas*. Buenos Aires: Amorrortu, 1976, vol. XXI, pp. 225-244]

I

«En la fase del complejo de Edipo normal encontramos al niño tiernamente prendado del progenitor de sexo contrario, mientras que en la relación con el de igual sexo prevalece la hostilidad. No tropezamos con ninguna dificultad para deducir este resultado en el caso del varoncito. La madre fue su primer objeto de amor; luego, con el refuerzo de sus aspiraciones enamoradas, lo sigue siendo, y a raíz de la intelección más profunda del vínculo entre la madre y el padre, este último no puede menos que devenir un rival. El caso es diverso para la niña pequeña. También la madre fue, por cierto, su primer objeto; ¿cómo halla entonces el camino hasta el padre? ¿Cómo, cuándo y por qué se desase de la madre? Hace tiempo hemos comprendido que la tarea de resignar la zona genital originariamente rectora, el clítoris, por una nueva, la vagina, complica el desarrollo de la sexualidad femenina.

Ahora se nos aparece una segunda mudanza de esa índole, el trueque del objeto-madre originario por el padre, no menos característico y significativo para el desarrollo de la mujer. No alcanzamos a discernir todavía de qué manera ambas tareas se enlazan entre sí. Como es sabido, es frecuente el caso de mujeres con intensa ligazón-padre; en modo alguno serán por fuerza neuróticas. En tales mujeres he realizado las observaciones de que informaré y que me han movido a adoptar cierta concepción acerca de la sexualidad femenina. Dos hechos me llamaron sobre todo la atención. He aquí el primero: toda vez que existía una ligazón-padre particularmente intensa, había sido precedida, según el testimonio del análisis, por una fase de ligazón-madre exclusiva de igual intensidad y apasionamiento.

La segunda fase apenas si había aportado a la vida amorosa algún rasgo nuevo, salvo el cambio de vía (Wechsel) del objeto. El vínculo-madre primario se había edificado de manera muy rica y plurilateral. El segundo hecho enseñaba que habíamos subestimado también la duración de esa ligazón-madre. En la mayoría de los casos llegaba hasta bien entrado el cuarto año, en algunos hasta el quinto, y por tanto abarcaba la parte más larga, con mucho, del florecimiento sexual temprano. Más aún: era preciso admitir la posibilidad de que cierto número de personas del sexo femenino permanecieran atascadas en la ligazón-madre originaria y nunca produjeran una vuelta cabal hacia el varón. Con ello, la fase preedípica de la mujer alcanzaba una significación que no le habíamos adscrito hasta entonces. Puesto que esa fase deja espacio para todas las fijaciones y represiones a que reconducimos la génesis de las neurosis, parece necesario privar de su carácter universal al enunciado según el cual el complejo de Edipo es el

núcleo de la neurosis. Pero quien sienta renuencia frente a esa rectificación no está obligado a aceptarla. Por una parte, se puede dar al complejo de Edipo un contenido más lato, de suerte que abarque todos los vínculos del niño con ambos progenitores; por otro lado, también se puede dar razón de las nuevas experiencias diciendo que la mujer llega a la situación edípica normal positiva luego de superar una prehistoria gobernada por el complejo negativo." De hecho, en el curso de esa fase el padre no es para la niña mucho más que un rival fastidioso, aunque la hostilidad hacia él nunca alcanza la altura característica para el varoncito. Hace mucho que hemos resignado toda expectativa de hallar un paralelismo uniforme entre el desarrollo sexual masculino y el femenino. La intelección de la prehistoria preedípica de la niña tiene el efecto de una sorpresa, semejante a la que en otro campo produjo el descubrimiento de la cultura minoico-micénica tras la griega. En este ámbito de la primera ligazón-madre todo me parece tan difícil de asir analíticamente, tan antiguo, vagaroso, apenas reanimable, como si hubiera sucumbido a una represión particularmente despiadada. Empero, esta impresión puede venirme de que las mujeres acaso establecieron conmigo en el análisis la misma ligazón-padre en la que se habían refugiado al salir de esa prehistoria.

En efecto, parece que las analistas mujeres, como Jeanne Lampl-de Groot y Helene Deutsch, pudieron percibir ese estado de los hechos de manera más fácil y nítida porque en las personas que les sirvieron de testigos tuvieron el auxilio de la transferencia sobre un adecuado sustituto de la madre. En cuanto a mí, no he logrado penetrar un caso de manera perfecta, y por eso me limito a comunicar los resultados más generales y aduzco sólo unas pocas muestras de mis nuevas intelecciones. Una de estas es que la mencionada fase de la ligazón-madre deja conjeturar un nexo particularmente íntimo con la etiología de la histeria, lo que no puede sorprender si se repara en que ambas, la fase y la neurosis, se cuentan entre los caracteres particulares de la feminidad; además, la intelección de que en esa dependencia de la madre se halla el germen de la posterior paranoia de la mujer.*' Es que muy bien parece ser ese germen la angustia, sorprendente pero de regular emergencia, de ser asesinada (¿devorada?) por la madre. Cabe suponer que esa angustia corresponda a una hostilidad que en la niña se desarrolla contra la madre a consecuencia de las múltiples limitaciones de la educación y el cuidado del cuerpo, y que el mecanismo de la proyección se vea favorecido por la prematuridad de la organización psíquica."

II

He anticipado los dos hechos que me resultaron novedosos, a saber: que la intensa dependencia de la mujer respecto de su padre no es sino la heredera de una igualmente intensa ligazón-madre, y que esta fase anterior tuvo una duración inesperada. Ahora volveré atrás para insertar estos resultados dentro del cuadro del desarrollo sexual femenino, tal como nos hemos ido familiarizando con él; no podremos evitar algunas repeticiones. La comparación continua con las constelaciones que hallamos en el varón no

hará sino beneficiar nuestra exposición. En primer lugar, es innegable que la bisexualidad, que según nuestra tesis es parte de la disposición (constitucional) de los seres humanos, resalta con mucho mayor nitidez en la mujer que en el varón. En efecto, este tiene sólo una zona genésica rectora, un órgano genésico, mientras que la mujer posee dos de ellos: la vagina, propiamente femenina, y el clítoris, análogo al miembro viril. Nos consideramos autorizados a suponer que durante muchos años la vagina es como si no estuviese, y acaso sólo en la época de la pubertad proporciona sensaciones. En los últimos tiempos, es verdad, se multiplican las voces de los observadores que hacen remontar mociones vaginales hasta esos años tempranos. Lo esencial, vale decir, lo que precede a la genitalidad en la infancia, tiene que desenvolverse en la mujer en torno del clítoris. La vida sexual de la mujer se descompone por regla general en dos fases, de las cuales la primera tiene carácter masculino; sólo la segunda es la específicamente femenina. Por tanto, en el desarrollo femenino hay un proceso de transporte de una fase a la otra, que carece de análogo en el varón. Otra complicación nace de que la función del clítoris viril se continúa en la posterior vida sexual de la mujer de una manera muy cambiante y que por cierto no se ha comprendido satisfactoriamente. Desde luego, no sabemos cuál es la base biológica de estas particularidades de la mujer; menos todavía podemos atribuirles un propósito teleológico. Paralela a esta primera gran diferencia corre la otra en el campo del hallazgo de objeto. Para el varón, la madre deviene el primer objeto de amor a consecuencia del influjo del suministro de alimento y del cuidado del cuerpo, y lo seguirá siendo hasta que la sustituya un objeto de su misma esencia o derivado de ella.

También en el caso de la mujer tiene que ser la madre el primer objeto. Es que las condiciones primordiales de la elección de objeto son idénticas para todos los niños. Pero al final del desarrollo el varón-padre debe haber devenido el nuevo objeto de amor; vale decir: al cambio de vía sexual de la mujer tiene que corresponder un cambio de vía en el sexo del objeto. Surgen aquí, como nuevas tareas para la investigación, las preguntas por los caminos que sigue esa migración, el grado de radicalidad o de inacabamiento con que se cumple, y las diversas posibilidades que se presentan a raíz de este desarrollo. Ya hemos discernido otra diferencia entre los sexos en su relación con el complejo de Edipo. Aquí tenemos la impresión de que nuestros enunciados sobre el complejo de Edipo sólo se adecúan en términos estrictos al niño varón, y que acertamos rechazando la designación «complejo de Electra», que pretende destacar la analogía en la conducta de ambos sexos. El inevitable destino del vínculo de simultáneo amor a uno de los progenitores y odio al rival se establece sólo para el niño varón. Y luego es en este en quien el descubrimiento de la posibilidad de castración, como se prueba por la vista de los genitales femeninos, impone la replasmación del complejo de Edipo, produce la creación del superyó y así introduce todos los procesos que tienen por meta la inserción del individuo en la comunidad de cultura. Tras la interiorización de la instancia paterna en el superyó, la siguiente tarea por solucionar es desasir este último de las

personas de quienes originariamente fue la subrogación anímica. En esta asombrosa vía evolutiva ha sido justamente el interés genital narcisista, el de la conservación del pene, el utilizado para limitar la sexualidad infantil." En el varón, sin duda, resta como secuela del complejo de castración cierto grado de menosprecio por la mujer cuya castración se ha conocido. A partir de ese menosprecio se desarrolla, en el caso extremo, una inhibición de la elección de objeto y, si colaboran factores orgánicos, una homosexualidad exclusiva. Muy diversos son los efectos del complejo de castración en la mujer. Ella reconoce el hecho de su castración y, así, la superioridad del varón y su propia inferioridad, pero también se revuelve contra esa situación desagradable. De esa actitud bi-escindida derivan tres orientaciones de desarrollo. La primera lleva al universal extrañamiento respecto de la sexualidad. La mujercita, aterrorizada por la comparación con el varón, queda descontenta con su clítoris, renuncia a su quehacer fálico y, con él, a la sexualidad en general, así como a buena parte de su virilidad en otros campos. La segunda línea, en porfiada autoafirmación, retiene la masculinidad amenazada; la esperanza de tener alguna vez un pene persiste hasta épocas increíblemente tardías, es elevada a la condición de fin vital, y la fantasía de ser a pesar de todo un varón sigue poseyendo a menudo virtud plasmadora durante prolongados períodos. También este «complejo de masculinidad» de la mujer puede terminar en una elección de objeto homosexual manifiesta. Sólo un tercer desarrollo, que implica sin duda rodeos, desemboca en la final configuración femenina que toma al padre como objeto y así halla la forma femenina del complejo de Edipo. Por lo tanto, el complejo de Edipo es en la mujer el resultado final de un desarrollo más prolongado; no es destruido por el influjo de la castración, sino creado por él; escapa a las intensas influencias hostiles que en el varón producen un efecto destructivo, e incluso es frecuentísimo que la mujer nunca lo supere. Por eso son más pequeños y de menor alcance los resultados culturales de su descomposición. Probablemente no se yerre aseverando que esta diferencia en el vínculo recíproco entre complejo de Edipo y complejo de castración imprime su sello al carácter de la mujer como ser social."

La fase de la ligazón-madre exclusiva, que puede llamarse preedípica, reclama entonces una significación muchísimo mayor en la mujer, que no le correspondería en el varón. Numerosos fenómenos de la vida sexual femenina, mal comprendidos antes, hallan su esclarecimiento pleno si se los reconduce a ella. Por ejemplo, uno observado desde tiempo atrás: muchas mujeres que han escogido a su marido según el modelo del padre o lo han puesto en el lugar de este repiten con él, sin embargo, en el matrimonio, su mala relación con la madre. Él debía heredar el vínculo-padre y en realidad hereda el vínculo-madre. Se lo comprende con facilidad como un evidente caso de regresión. El vínculo-madre fue el originario; sobre él se edificó la ligazón-padre, y ahora en el matrimonio sale a la luz, desde la represión, lo originario. El endoso de ligazones afectivas del objeto-madre al objeto-padre constituye, en efecto, el contenido principal del desarrollo que lleva hasta la feminidad.

Si tantas mujeres nos producen la impresión de que la lucha con el marido ocupa su madurez como la lucha con la madre ocupó su juventud, a la luz de las puntualizaciones precedentes inferiremos que su actitud hostil hacia la madre no es una consecuencia de la rivalidad del complejo de Edipo, sino que proviene de la fase anterior y halla sólo refuerzo y empleo en la situación edípica. Lo corrobora, en efecto, la indagación analítica directa.

Se puede prever que los feministas entre los hombres, pero también nuestras analistas mujeres, discreparán con estas puntualizaciones. Difícilmente dejarán de objetar que tales doctrinas provienen del «complejo de masculinidad» del varón y están destinadas a procurar justificación teórica a su innata tendencia a rebajar y oprimir a la mujer. Sólo que semejante argumentación psicoanalítica recuerda en este caso, como en tantos otros, a la famosa «vara de dos puntas» de Dostoievski. En efecto, a su vez los oponentes de quienes sostengan tales asertos hallarán muy comprensible que el sexo femenino no quiera aceptar algo que parece contradecir su igualdad al varón, cálidamente ansiada. Es evidente que el uso del psicoanálisis como instrumento polémico no lleva a decidir las cuestiones.

Nuestro interés tiene que dirigirse a los mecanismos que se han vuelto eficaces para el extrañamiento del objeto-madre, amado de manera tan intensa como exclusiva. Estamos preparados para hallar, no un único factor de esa índole, sino toda una serie, que cooperen en la misma meta final.

Entre ellos resaltan algunos que están totalmente condicionados por las constelaciones de la sexualidad infantil, o sea que valen de igual manera para la vida amorosa del varoncito. En primera línea han de nombrarse aquí los celos hacia otras personas, hermanitos, rivales entre quienes también el padre encuentra lugar. El amor infantil es desmedido, pide exclusividad, no se contenta con parcialidades. Ahora bien, un segundo carácter es que este amor carece propiamente de meta, es incapaz de una satisfacción plena, y en lo esencial por eso está condenado a desembocar en un desengaño " y dejar sitio a una actitud hostil. En épocas posteriores de la vida, la ausencia de una satisfacción final puede favorecer otro desenlace: como en el caso de los vínculos amorosos de meta inhibida, este factor puede asegurar la persistencia imperturbada de la investidura libidinal; pero en el esfuerzo de los procesos de desarrollo sucede por lo común que la libido abandone k posición insatisfactoria para buscar una nueva. Otro motivo, mucho más específico, de extrañamiento respecto de la madre resulta del efecto del complejo de castración sobre la criatura sin pene.

En algún momento la niña pequeña descubre su inferioridad orgánica, desde luego antes y más fácilmente cuando tiene hermanos o hay varoncitos en su cercanía. Enunciamos ya las tres orientaciones que se abren entonces: *a)* la suspensión de toda la vida sexual; *b)* la porfiada hiperinsistencia en la virilidad, *c)* los esbozos de la femineidad definitiva.

No es fácil aquí hacer precisiones temporales más exactas ni establecer circuitos típicos. Ya el momento en que se descubre la castración es

variable, muchos otros factores parecen ser inconstantes y depender del azar. Cuenta el estado del propio quehacer fálico; también, que este sea descubierto o no, y el grado de impedimento que se vivencie tras el descubrimiento.

El propio quehacer fálico, la masturbación en el clítoris, es hallado por la niña pequeña casi siempre de manera espontánea y al comienzo no va por cierto acompañado de fantasías. El influjo que sobre su despertar ejerce el cuidado del cuerpo es testimoniado por la tan frecuente fantasía en la que la madre, nodriza o niñera es la seductora." No entramos a considerar si el onanismo de la niña es más raro y, desde el comienzo, menos enérgico que el del varón; sería muy posible. También la seducción real es harto frecuente, de parte de otros niños o de personas a cargo de la crianza que quieren calmar al niño, hacerlo dormir o volverlo dependiente de ellas. Toda vez que interviene una seducción, por regla general perturba el curso natural de los procesos de desarrollo; a menudo deja como secuela vastas y duraderas consecuencias. Según dijimos, la prohibición de masturbarse se convierte en la ocasión para dejar de hacerlo, pero también es motivo para rebelarse contra la persona prohibidora, vale decir, la madre o su sustituto (que más tarde se fusiona regularmente con ella). La porfía en la masturbación parece abrir el camino hacia la masculinidad. Aun en los casos en que la niña no logró sofocar la masturbación, el efecto de la prohibición en apariencia ineficaz se muestra en su posterior afán de librarse a costa de cualquier sacrificio de esa satisfacción que la hace padecer.

Además, ese propósito en que así se persevera puede influir sobre la elección de objeto de la muchacha madura. El rencor por haberle impedido el libre quehacer sexual desempeña un gran papel en el desasimiento de la madre. Ese mismo motivo vuelve a producir efectos tras la pubertad, cuando la madre cree su deber preservar la castidad de la hija.'- No olvidaremos, desde luego, que la madre estorba de igual manera la masturbación del varoncito, y así crea también en él un fuerte motivo para la rebelión. Cuando la niña pequeña se entera de su propio defecto por la vista de un genital masculino, no acepta sin vacilación ni renuencia la indeseada enseñanza. Como tenemos dicho, se obstina en la expectativa de poseer alguna vez un genital así, y el deseo de tenerlo sobrevive todavía largo tiempo a la esperanza. En todos los casos, el niño considera al comienzo la castración sólo como un infortunio individual, sólo más tarde la extiende también a ciertos niños, y por fin a algunos adultos.

Cuando se capta la universalidad de este carácter negativo, se produce una gran desvalorización de la feminidad, y por eso también de la madre. Es muy posible que la precedente pintura del comportamiento de la niña pequeña frente a la impresión de la castración y a la prohibición del onanismo haya parecido al lector confusa y contradictoria. No es enteramente culpa del autor. En realidad, apenas es posible una exposición universalmente válida. En diversos individuos hallamos las más diferentes reacciones y en un mismo individuo coexisten actitudes contrapuestas. Tan pronto interviene por primera vez la prohibición, se genera el conflicto, que

en lo sucesivo acompañará al desarrollo de la función sexual. También significa un particular obstáculo para la intelección el hecho de que resulte tan trabajoso distinguir los procesos anímicos de esta primera fase y los de fases posteriores, que se les superponen y los desfiguran en el recuerdo. Por ejemplo, en algún momento se concebirá el hecho de la castración como un castigo por el quehacer onanista, pero se atribuirá al padre su ejecución, cuando en verdad ninguna de ambas creencias puede ser originaria. De manera similar, el varoncito teme la castración regularmente de su padre, aunque también en su caso la amenaza partió casi siempre de la madre. Comoquiera que fuese, al final de esta primera fase de la ligazón-madre emerge como el más intenso motivo de extrañamiento de la hija respecto de la madre el reproche de no haberla dotado de un genital correcto, vale decir, de haberla parido mujer. No sin sorpresa se oye otro reproche, que se remonta un poco menos atrás: la madre dio escasa leche a su hija, no la amamantó el tiempo suficiente. Acaso ello sea cierto hartas veces en nuestras circunstancias culturales, pero sin duda no con tanta frecuencia como se lo asevera en el análisis. Parece más bien que esa acusación expresara el universal descontento de los niños que, bajo las condiciones culturales de la monogamia, son destetados trascurridos de seis a nueve meses, mientras que la madre primitiva se consagraba a su hijo durante dos o tres años de manera exclusiva; parece, pues, que nuestros niños permanecieran insaciados para siempre, como si no hubieran mamado el tiempo suficiente del pecho materno. Empero, no estoy seguro de que no se tropezaría con idéntica queja en el análisis de niños amamantados durante tanto tiempo como los hijos de los primitivos.

¡Tan grande es la voracidad de la libido infantil! Repasemos toda la serie de las motivaciones que el análisis descubre para el extrañamiento respecto de la madre: omitió dotar a la niña con el único genital correcto, la nutrió de manera insuficiente, la forzó a compartir con otro el amor materno, no cumplió todas las expectativas de amor y, por último, incitó primero el quehacer sexual propio y luego lo prohibió; tras esa ojeada panorámica, nos parece que esos motivos son insuficientes para justificar la final hostilidad. Algunos son consecuencia inevitable de la naturaleza de la sexualidad infantil; los otros presentan el aspecto de unas racionalizaciones amañadas más tarde para explicar un cambio de sentimientos no comprendido. Quizá lo más correcto sea decir que la ligazón-madre tiene que irse a pique (al fundamento) justamente porque es la primera y es intensísima, algo parecido a lo que puede observarse sobre el primer matrimonio de mujeres jóvenes enamoradas con la máxima intensidad. Aquí como allí, la actitud (postura) de amor naufragaría a raíz de los inevitables desengaños y de la acumulación de las ocasiones para la agresión. Por lo general, un segundo matrimonio marcha mucho mejor. No podemos llegar tan lejos como para aseverar que la ambivalencia de las investiduras de sentimiento sea una ley psicológica de validez universal, ni que sea de todo punto imposible sentir gran amor por una persona sin que vaya aparejado un odio acaso de igual magnitud, o a la inversa. Es indudable que la persona normal y adulta consigue separar entre sí ambas posturas para no tener que odiar a su

objeto de amor ni amar también a su enemigo. Pero esto parece ser el resultado de desarrollos más tardíos. En las primeras fases de la vida amorosa es evidente que la ambivalencia constituye la regla. En muchos seres humanos este rasgo arcaico se conserva durante toda la vida; es característico del neurótico obsesivo el equilibrio de amor y odio en sus vínculos de objeto. También respecto de los primitivos podemos sostener el predominio de la ambivalencia.

Entonces, la intensa ligazón de la niña pequeña con su madre debió de haber sido muy ambivalente, y justamente por esa ambivalencia, con la cooperación de otros factores, habrá sido esforzada a extrañarse de ella; vale decir: el proceso es, también aquí, consecuencia de un carácter universal de la sexualidad infantil. En contra de este intento de explicación enseguida se planteará la pregunta: ¿Cómo puede en tal caso el varoncito conservar incólume su ligazón-madre, que por cierto no es menos intensa? Con igual rapidez acude la respuesta: Porque le resulta posible tramitar su ambivalencia hacia la madre colocando en el padre todos sus sentimientos hostiles. Pero, en primer lugar, no debe darse esta respuesta antes de estudiar a fondo la fase preedípica del varón; y, en segundo lugar, probablemente lo más cauto sea confesar que uno todavía no penetra bien estos procesos, de los que se acaba de tomar conocimiento. III Otra pregunta reza: ¿Qué demanda la niña pequeña de su madre? ¿De qué índole son sus metas sexuales en esa época de la ligazón-madre exclusiva? La respuesta, tomada del material analítico, armoniza en un todo con nuestras expectativas. Las metas sexuales de la niña junto a la madre son de naturaleza tanto activa como pasiva, y están comandadas por las fases libidinales que atraviesan los niños. La relación de la actividad con la pasividad merece aquí nuestro particular interés. Es fácil observar que, en todos los ámbitos del vivenciar anímico, no sólo en el de la sexualidad, una impresión recibida pasivamente provoca en el niño la tendencia a una reacción activa. Intenta hacer lo mismo que antes le hicieron o que hicieron con él. He ahí una porción del trabajo que le es impuesto para dominar el mundo exterior, y hasta puede llevar a que se empeñe en repetir unas impresiones que habría tenido motivos para evitar a causa de su contenido penoso. También el juego infantil es puesto al servicio de este propósito de complementar una vivencia pasiva mediante una acción y cancelarla de ese modo, por así decir. Si el doctor hace abrir la boca al niño renuente para examinar su garganta, luego que él se aleje el niño jugará al doctor y repetirá el violento procedimiento en un hermanito tan desvalido frente a él como él lo estuvo frente al doctor." En todo esto se muestra de manera inequívoca una rebeldía contra la pasividad y una predilección por el papel activo. No en todos los niños se da con igual regularidad y energía esa alternancia de la pasividad a la actividad, y en muchos puede faltar.

De esta conducta del niño se puede extraer una inferencia acerca de la intensidad relativa de la masculinidad y feminidad que habrá de mostrar en su sexualidad. Las primeras vivencias sexuales y de tinte sexual del niño junto a la madre son desde luego de naturaleza pasiva. Es amamantado, alimentado, limpiado, vestido por ella, que le indica todos sus desempeños.

Una parte de la libido del niño permanece adherida a estas experiencias y goza de la; satisfacciones conexas; otra parte se ensaya en su re-vuelta [Umwendung] a la actividad.

Primero, en el pecho materno, el ser-amamantado es relevado por el mamar activo. En los otros vínculos, el niño se contenta con la autonomía, o sea, con el triunfo de ejecutar él mismo lo que antes le sucedió, o con la repetición activa de sus vivencias pasivas en el juego; o bien efectivamente convierte a la madre en el objeto respecto del cual se presenta como sujeto activo. Esto último, que se cumple en el ámbito del propio quehacer, me pareció increíble durante mucho tiempo, hasta que la experiencia disipó toda duda. Es raro oír que la niña pequeña lave a la madre, la vista o le indique hacer sus necesidades excrementicias. Es verdad que le dice en ocasiones: «Ahora jugaremos a que yo soy la madre y tú el nene», pero casi siempre cumple esos deseos activos de manera indirecta, en el juego con la muñeca, donde ella misma figura a la madre como la muñeca al nene. La preferencia de la niña –a diferencia del varón– por el juego de la muñeca suele concebirse como signo del temprano despertar de la feminidad. Y no sin razón; empero, no debe pasarse por alto que lo que aquí se exterioriza es la actividad de la feminidad, y que esta predilección de la niña tal vez atestigüe el carácter exclusivo de la ligazón con la madre, con total prescindencia del objeto-padre. La actividad sexual de la niña hacia la madre, tan sorprendente, se exterioriza siguiendo la secuencia de aspiraciones orales, sádicas y, por fin, hasta fálicas dirigidas a aquella. Es difícil informar aquí sobre los detalles, pues a menudo se trata de mociones pulsionales oscuras que la niña no podía asir psíquicamente en la época en que ocurrieron, por lo cual sólo han recibido una interpretación con posterioridad (nachträglich) y emergen luego en el análisis con formas de expresión que por cierto no tuvieron originariamente.

A veces nos salen al paso como transferencias al posterior objeto-padre, de donde no son oriundas, y perturban sensiblemente la comprensión. Hallamos los deseos agresivos orales y sádicos en la forma a que los constriñó una represión prematura: como angustia de ser asesinada por la madre, a su vez justificatoria del deseo de que la madre muera, cuando este deviene consciente. No sabemos indicar cuan a menudo esta angustia frente a la madre se apuntala en una hostilidad inconsciente de la madre misma, colegida por la niña. (En cuanto a la angustia de ser devorado, hasta ahora sólo la he hallado en varones y referida al padre; empero, es probable que sea el producto de una mudanza de la agresión oral dirigida a la madre. Uno quiere devorar a la madre de quien se nutrió; respecto del padre, le falta a este deseo la ocasión inmediata.)

Las personas del sexo femenino con intensa ligazón-madre en quienes pude estudiar la fase preedípica han informado, de acuerdo con lo anterior, que opusieron la máxima resistencia a las enemas y evacuaciones de intestino que la madre emprendió con ellas, reaccionando con angustia y grita enfurecida. Acaso sea esta una conducta muy frecuente o aun regular de los niños. Sólo logré inteligir los fundamentos de esta protesta particularmente

violenta mediante una puntualización de Ruth Mack Brunswick, quien de manera simultánea se ocupaba de los mismos problemas: ella se inclinaba a comparar el estallido de furia tras la enema con el orgasmo tras una estimulación genital. En tal caso, la angustia se comprendería como trasposición del placer de agredir, puesto en movimiento.

Opino que efectivamente es así, y que en el estadio sádico-anal la intensa estimulación pasiva de la zona intestinal es respondida por un estallido de placer de agredir, que se da a conocer de manera directa como furia o, a consecuencia de su sofocación, como angustia. Esta reacción parece agotarse en años posteriores. Entre las mociones pasivas de la fase fálica, se destaca que por regla general la niña inculpa a la madre como seductora, ya que por fuerza debió registrar las primeras sensaciones genitales, o al menos las más intensas, a raíz de los manejos de la limpieza y el cuidado del cuerpo realizados por la madre (o la persona encargada de la crianza, que la subroga). A la niña le gustan esas sensaciones y pide a la madre las refuerce mediante repetido contacto y frote, según me lo han comunicado a menudo las madres como observación de sus hijitas de dos a tres años. A mi juicio, el hecho de que de ese modo la madre inevitablemente despierta en su hija la fase fálica es el responsable de que en las fantasías de años posteriores el padre aparezca tan regularmente como el seductor sexual. Al tiempo que se cumple el extrañamiento respecto de la madre, se trasfiere al padre la introducción en la vida sexual.

En la fase fálica sobrevienen por último intensas mociones activas de deseo dirigidas a la madre. El quehacer sexual de esta época culmina en la masturbación en el clítoris, a raíz de la cual es probable que sea representada la madre; empero, mi experiencia no me permite colegir si lleva a la niña a representarse una meta sexual, ni cuál sería esta. Tal meta sólo puede discernirse con claridad cuando todos los intereses de la niña reciben una nueva impulsión por la llegada de un hermanito. La niña pequeña quiere haber sido la madre de este nuevo niño, en un todo como el varón, y también es la misma su reacción frente al acontecimiento y su conducta hacia el niño. Es verdad que esto suena bastante absurdo, pero acaso sólo por el hecho de resultarnos tan insólito. El extrañamiento respecto de la madre es un paso en extremo sustantivo en la vía de desarrollo de la niña; es algo más que un mero cambio de vía del objeto. Ya hemos descrito su origen, así como la acumulación de sus presuntas motivaciones, y ahora agregaremos que al par que sobreviene se observa un fuerte descenso de las aspiraciones sexuales activas y un ascenso de las pasivas. Es cierto que las aspiraciones activas fueron afectadas con mayor intensidad por la frustración {denegación}, demostraron ser completamente inviables y por eso la libido las abandona con mayor facilidad, pero tampoco faltaron desengaños del lado de las aspiraciones pasivas.

Con el extrañamiento respecto de la madre a menudo se suspende también la masturbación clitorídea, y hartas veces la represión de la masculinidad anterior infiere un daño permanente a buena parte de su querer-alcanzar sexual. El tránsito al objeto-padre se cumple con ayuda de las aspiraciones

pasivas en la medida en que estas han escapado al ímpetu subvirtiente (Umsturz). Ahora queda expedito para la niña el camino hacia el desarrollo de la feminidad, en tanto no lo angosten los restos de la ligazón-madre preedípica superada.

Si se echa una mirada panorámica sobre el fragmento aquí descrito del desarrollo sexual femenino, no es posible refrenar cierto juicio acerca de la feminidad en su conjunto. Hallamos en acción las mismas fuerzas libidinosas que en el varoncito, y pudimos convencernos de que, en ambos casos, durante cierto tiempo se transita por idénticos caminos y se llega a iguales resultados. Luego, factores biológicos desvían a esas fuerzas de sus metas iniciales y guían por las sendas de la feminidad aun a aspiraciones activas, masculinas en todo sentido. Como no podemos negar que la excitación sexual se reconduce al efecto de determinadas sustancias químicas, nuestra primera expectativa sería que un día la bioquímica habrá de ofrecernos una sustancia cuya presencia provoque la excitación sexual masculina, y otra que provoque la femenina. Pero esta esperanza no parece menos ingenua que aquella otra, hoy por suerte superada, de descubrir bajo el microscopio sendos excitadores de la histeria, la neurosis obsesiva, la melancolía, etc. Es que también en el quimismo sexual las cosas han de ser un poco más complicadas. Ahora bien, para la psicología es indiferente que en el cuerpo exista una única sustancia que produzca excitación sexual, o que sean dos o una multitud. El psicoanálisis nos enseña a contar con una única libido, que a su vez conoce metas –y por tanto modalidades de satisfacción– activas y pasivas. En esta oposición, sobre todo en la existencia de aspiraciones libidinales de meta pasiva, está contenido el resto del problema.

IV

Si se examina la bibliografía analítica sobre nuestro tema, uno se convence de que todo lo indicado aquí ya estaba en ella. Habría sido innecesario publicar este trabajo si no fuera que en un campo de tan difícil acceso puede resultar valioso todo informe acerca de experiencias propias y concepciones personales. Además, he aprehendido muchas cosas con mayor precisión, aislándolas con más cuidado. En algunos de esos otros ensayos, la exposición se vuelve confusa porque simultáneamente se elucidan los problemas del superyó y del sentimiento de culpa. Yo lo he evitado, y en la descripción de los diferentes desenlaces de esta fase del desarrollo tampoco he tratado las complicaciones que sobrevienen cuando la niña regresa a la ligazón-madre resignada a consecuencia de su desilusión con el padre, o en el curso de su vida repetidas veces cambia de vía de una actitud a la otra. Pero justamente porque mi trabajo es sólo una contribución entre otras, puedo ahorrarme una apreciación a fondo de la bibliografía y limitarme a poner de relieve las concordancias sustanciales con algunos de esos trabajos, y las importantes divergencias con otros.

La descripción de Abraham (1921) de las manifestaciones del complejo de castración en la mujer no ha sido en verdad superada todavía; pero nos gustaría ver insertado en ella el factor de la ligazón-madre inicial y exclusiva. Tengo que declararme de acuerdo en los puntos esenciales con el

importante trabajo de Jeanne Lampl-de Groot (1927), donde se discierne la plena identidad de la fase preedípica en el varoncito y la niña, se sostiene la actividad sexual (fálica) de la niña hacia la madre, y se la prueba mediante observaciones. El extrañamiento respecto de la madre es reconducido al influjo del conocimiento de la castración, que obliga al niño a resignar el objeto sexual y, con él, a menudo, el onanismo; para el desarrollo en su conjunto se acuña la fórmula de que la niña atraviesa una fase de complejo de Edipo «negativo» antes que pueda ingresar en el positivo.

Encuentro una insuficiencia de ese trabajo en el hecho de que presenta el extrañamiento de la madre como un mero cambio de vía del objeto, y no considera que se consuma bajo los más claros signos de hostilidad. Esta hostilidad halla apreciación cabal en el último ensayo de Helene Deutsch sobre el masoquismo femenino y su relación con la frigidez (1930), donde la autora admite también la actividad fálica de la muchacha y la intensidad de su ligazón-madre. Deutsch indica, además, que la vuelta hacia el padre acontece por el camino de las aspiraciones pasivas (ya puestas en movimiento a raíz de la madre). En su primer libro publicado (1925), la autora no se había emancipado todavía de la aplicación del esquema edípico también a la fase preedípica, y por eso interpretaba la actividad fálica de la niña como identificación con el padre. Fenichel (1930) insiste con acierto en la dificultad de discernir, dentro del material que surge en el análisis, lo que corresponde al contenido intacto de la fase preedípica y lo que de ella ha sido desfigurado regresivamente (o de otro modo). No admite la actividad fálica de la niña en el sentido de Jeanne Lampl-de Groot, y rechaza también el «desplazamiento hacia atrás» del complejo de Edipo propuesto por Melanie Klein (1928), quien sitúa sus comienzos ya al empezar el segundo año de vida. Esta precisión temporal, que necesariamente altera también la concepción de todas las otras constelaciones del desarrollo, no coincide de hecho con los resultados del análisis de adultos y es incompatible, en particular, con mis descubrimientos acerca de la larga duración de la ligazón-madre preedípica de la niña.

Una vía para amortiguar la contradicción se abre observando que en este campo no somos todavía capaces de distinguir entre lo establecido de manera rígida por leyes biológicas y lo cambiante y mudable bajo el influjo del vivenciar accidental. Además del efecto de la seducción, que conocemos hace tiempo, acaso otros factores –el momento en que nacieron los hermanitos, el del descubrimiento de la diferencia entre los sexos, la observación directa del comercio sexual, la conducta de cortejo o de rechazo de los padres, etc.– pueden contribuir de igual modo a apresurar y hacer madurar el desarrollo sexual infantil. Algunos autores se inclinan a restar valor a las primeras y más originarias mociones libidinales del niño en favor de procesos posteriores del desarrollo, de suerte que –expresado en términos extremos– sólo les resta a aquellas el papel de señalar ciertas orientaciones, mientras que las intensidades [psíquicas] que echan a andar por esas vías son sufragadas por regresiones y formaciones reactivas posteriores. Así, por ejemplo, Karen Horney (1926) opina que hemos sobrestimado en mucho la primaria envidia del pene de la niña, en tanto

atribuye la intensidad de la aspiración a la masculinidad posteriormente desplegada a una envidia del pene secundaria, usada para defenderse de las mociones femeninas, en especial de la ligazón femenina con el padre. Esto no se corresponde con mis impresiones.

Por seguro que sea el hecho de los posteriores refuerzos por regresión y formación reactiva, y por difícil que pueda resultar la apreciación relativa de los componentes libidinales afluyentes, opino que no debiéramos pasar por alto que aquellas primeras mociones libidinales poseen una intensidad que se mantiene superior a todas las posteriores, y en verdad puede llamarse inconmensurable. Es correcto, sin duda, que entre la ligazón-padre y el complejo de masculinidad hay una relación de oposición –es la oposición universal entre actividad y pasividad, masculinidad y feminidad–, pero ello no nos da derecho a suponer que sólo uno sea el primario, y el otro deba su intensidad sólo a la defensa. Y toda vez que la defensa contra la feminidad se cumple con tanta energía, ¿de dónde recibiría su fuerza si no es de la aspiración a la masculinidad, que ha hallado su primera expresión en la envidia del pene del niño y por eso merece ser llamada de acuerdo con esta?

Una objeción parecida vale para la concepción de Jones (1928) de que la fase fálica en la niña es una reacción de protección secundaria antes que un estadio real del desarrollo. Esto no responde ni a las constelaciones dinámicas ni a las temporales.»

SIGMUND FREUD: 33ª CONFERENCIA. LA FEMINIDAD

[El volumen XXII de las *Obras completas* de Sigmund Freud (Buenos Aires: Amorrortu, 1976) contiene *Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis y otras obras* (1932-1936). La conferencia número 33 trata sobre *La feminidad* (pp. 102-125).

Esta conferencia se basa esencialmente en dos trabajos previos de Freud: «Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos» (1925j) y «Sobre la sexualidad femenina» (1931b), aunque la última parte, que versa sobre la vida adulta de la mujer, incluye material nuevo. Freud volvió a ocuparse del tema en el capítulo VII de su *Esquema del psicoanálisis* (1940a).]

«En cuanto a la conferencia de hoy, no debiera tener cabida en una introducción, pero acaso les sirva como muestra de un trabajo analítico de detalle, y puedo decir dos cosas para recomendarla. No ofrece nada más que hechos observados, casi sin añadido de especulación, y se ocupa de un tema que posee títulos para atraer el interés de ustedes como difícilmente otro los tenga.

El enigma de la feminidad ha puesto cavilosos a los hombres de todos los tiempos. Tampoco ustedes, si son varones, estarán a salvo de tales quebraderos de cabeza; de las mujeres presentes, no se espera que sean tal enigma para sí mismas.

Masculino y femenino es la primera diferencia que ustedes hacen cuando se encuentran con otro ser humano, y están habituados a establecerla con resuelta certidumbre. La ciencia anatómica comparte esa certidumbre en un punto, pero no mucho más.

Masculino es el producto genésico masculino, el espermatozoide, y su portador; femenino, el óvulo y el organismo que lo alberga. En ambos sexos se han formado órganos que sirven exclusivamente a las funciones genésicas, y es probable que se hayan desarrollado a partir de una misma disposición en dos diferentes configuraciones. Además, los otros órganos, las formas del cuerpo y los tejidos se muestran en ambos influidos por el sexo, pero de manera inconstante y en medida variable; son los llamados «caracteres sexuales secundarios».

Luego la ciencia les dice otra cosa que contraría sus expectativas y es probablemente apta para confundir sus sentimientos. Les hace notar que partes del aparato sexual masculino se encuentran también en el cuerpo de la mujer, si bien en un estado de atrofia, y lo mismo es válido para el otro sexo. Ella ve en este hecho el indicio de una *bisexualidad*, como si el individuo no fuera varón o mujer, sino ambas cosas en cada caso, sólo que más lo uno que lo otro. Entonces se los exhortará a ustedes a familiarizarse con la idea de que la proporción en que lo masculino y lo femenino se mezclan en el individuo sufre oscilaciones muy notables.

Pero como, a pesar de ello y prescindiendo de casos rarísimos, en una persona está presente sólo una clase de productos genésicos –óvulos o células de semen–, no podrán ustedes menos que desconcertarse en cuanto al valor decisivo de estos elementos y extraer la conclusión de que aquello que constituye la masculinidad o la feminidad es un carácter desconocido que la anatomía no puede aprehender. ¿Podrá hacerlo la psicología?

Estamos habituados a usar «masculino» y «femenino» también como cualidades anímicas, y de igual modo hemos trasferido el punto de vista de la bisexualidad a la vida anímica. Decimos entonces que un ser humano, sea macho o hembra, se comporta en este punto masculina y en estotro femeninamente. Pero pronto verán ustedes que lo hacemos por mera docilidad a la anatomía y a la convención. No es posible dar ningún contenido nuevo a los conceptos de masculino y femenino. Ese distingo no es psicológico; cuando ustedes dicen «masculino», por regla general piensan en «activo», y en «pasivo» cuando dicen «femenino». Es cierto que existe una relación así.

La célula genésica masculina se mueve activamente, busca a la femenina, y el óvulo permanece inmóvil, aguardando de manera pasiva. Y aun esta conducta de los organismos genésicos elementales es paradigmática para el comportamiento de los individuos en el comercio sexual. El macho persigue a la hembra con el fin de la unión sexual, la apresa y penetra en ella. Pero así habrán reducido ustedes, para la psicología, el carácter de lo masculino al factor de la agresión. Y empezarán a dudar de haber dado con algo esencial si piensan que en muchas clases de animales las hembras son las

más fuertes y agresivas, y los machos son activos exclusivamente en el acto de la unión sexual. Tal sucede, por ejemplo, en las arañas.

Las funciones de la crianza, que nos parecen por excelencia femeninas, tampoco se asocian entre los animales de una manera regular con el sexo femenino. En especies muy adelantadas en la escala zoológica se observa que los sexos se distribuyen la tarea de la cría, o aun sólo el macho se consagra a ella.

También en el campo de la vida sexual humana notarán enseguida **cuán insuficiente es hacer corresponder conducta masculina con actividad, y femenina con pasividad**. La madre es en todo sentido activa hacia el hijo, y hasta respecto del acto de mamar puede decirse tanto que ella da de mamar al niño cuanto que lo deja mamar de ella. Y mientras más se alejen del ámbito estrictamente sexual, más nítido se les volverá ese error de "superposición".

Las mujeres pueden desplegar gran actividad en diversas direcciones, y los varones no pueden convivir con sus iguales si no desarrollan un alto grado de docilidad pasiva. Si ahora me adujeran que justamente esos hechos contendrían la prueba de que tanto varones como mujeres son bisexuales en sentido psicológico, yo inferiría que **se han decidido de manera tácita a hacer coincidir «activo» con «masculino» y «pasivo» con «femenino»**. Pero se lo desaconsejo. Me parece inadecuado y no aporta ningún discernimiento nuevo.

Podría intentarse caracterizar psicológicamente la feminidad diciendo que consiste en la predilección por metas pasivas. Desde luego, esto no es idéntico a pasividad; puede ser necesaria una gran dosis de actividad para alcanzar una meta pasiva. Quizás ocurra que desde el modo de participación de la mujer en la función sexual se difunda a otras esferas de su vida la preferencia por una conducta pasiva y unas aspiraciones de meta pasiva, en extensión variable según el imperio limitado o vasto de ese paradigma que sería su vida sexual. No obstante, **debemos cuidarnos de pasar por alto la influencia de las normas sociales, que de igual modo esfuerzan a la mujer hacia situaciones pasivas. Todo esto es todavía muy oscuro**.

No descuidaremos la existencia de un vínculo particularmente constante entre feminidad y vida pulsional. Su propia constitución le prescribe a la mujer sofocar su agresión, y la sociedad se lo impone; esto favorece que se plasmen en ella intensas mociones masoquistas, susceptibles de ligar eróticamente las tendencias destructivas vueltas hacia adentro. El masoquismo es entonces, como se dice, auténticamente femenino. Pero si, como ocurre con tanta frecuencia, se topan ustedes con el masoquismo en varones, ¿qué otra cosa les resta si no decir que estos varones muestran rasgos femeninos muy nítidos? **Ahora ya están ustedes preparados para que tampoco la psicología resuelva el enigma de la feminidad**. Ese esclarecimiento, en efecto, tiene que venir de otro lado, y no se obtendrá hasta que no averigüemos **cómo ha nacido, en general, la diferenciación del ser vivo en dos sexos**. Nada sabemos sobre eso, a pesar de que la división

en dos sexos es un carácter harto llamativo de la vida orgánica, que la separa tajantemente de la naturaleza inanimada.

Entretanto, tenemos abundante materia de estudio en los individuos humanos que por la posesión de genitales femeninos se caracterizan como pertenecientes a ese sexo de una manera manifiesta o predominante. Pues bien; **el psicoanálisis, por su particular naturaleza, no pretende describir qué es la mujer –una tarea de solución casi imposible para él–, sino indagar cómo deviene, cómo se desarrolla la mujer a partir del niño de disposición bisexual.**

Algo hemos averiguado sobre esto en los últimos tiempos, merced a la circunstancia de que varias de nuestras distinguidas colegas han comenzado a elaborar esta cuestión en el análisis. La discusión sobre ella cobró particular atractivo en virtud de la diferencia misma entre los sexos; en efecto, cada vez que una comparación parecía resultar desfavorable a su sexo, nuestras damas podían exteriorizar la sospecha de que nosotros, los analistas varones, no habíamos podido superar ciertos prejuicios hondamente arraigados contra la feminidad y lo pagábamos con el carácter parcial de nuestra investigación. Y a nosotros nos resultaba fácil, situándonos en el terreno de la bisexualidad, evitar toda descortesía. No teníamos más que decir: "Eso no es válido para ustedes; son una excepción, más masculinas que femeninas en este punto".

Abordamos la indagación del desarrollo sexual femenino con dos expectativas: la primera, que tampoco en este caso la constitución ha de plegarse sin renuencia a la función; la segunda, que los cambios decisivos ya se habrán encaminado o consumado antes de la pubertad. Ambas se confirman pronto. Además, una comparación con las constelaciones estudiadas en el varón nos dice que **el desarrollo de la niña pequeña hasta la mujer normal es más difícil y complicado, pues incluye dos tareas adicionales que no tienen correlato alguno en el desarrollo del varón.** Persigamos los paralelismos desde el comienzo. Por supuesto, ya el material mismo difiere entre el varón y la niña; no hace falta ningún psicoanálisis para comprobarlo. La diferencia en la conformación de los genitales es acompañada por otras desemejanzas corporales demasiado conocidas para que sea preciso mencionarlas. También surgen diferencias en la disposición pulsional, que permiten vislumbrar la posterior naturaleza de la mujer.

La niña pequeña es por regla general menos agresiva y porfiada, se basta menos a sí misma, parece tener más necesidad de que se le demuestre ternura, y por eso ser más dependiente y dócil. El hecho de que se la pueda educar con mayor facilidad y rapidez para el gobierno de las excreciones no es, probablemente, sino la consecuencia de aquella docilidad; en efecto, **la orina y las heces son los primeros regalos que el niño hace a las personas que lo cuidan,** y su gobierno es la primera concesión que puede arrancarse a la vida pulsional infantil.

También se recibe la impresión de que la niña pequeña es más inteligente y viva que el varoncito de la misma edad, que se muestra más solícita hacia el

mundo exterior, y que sus investiduras de objeto poseen mayor intensidad que las de aquel. No sé si este adelanto en el desarrollo se ha comprobado mediante observaciones exactas, pero **lo cierto es que no puede atribuirse a la niña un retraso intelectual**. Sin embargo, esas diferencias entre los sexos no cuentan mucho, pueden ser contrarrestadas por variaciones individuales. Para nuestros propósitos inmediatos podemos dejarlas de lado.

Los dos sexos parecen recorrer de igual modo las primeras fases del desarrollo libidinal. Habría podido esperarse que ya en la fase sádico-anal se exteriorizara en la niña pequeña un rezago de la agresión, pero no es así. El análisis del juego infantil ha mostrado a nuestras analistas mujeres que los impulsos agresivos de las niñas no dejan nada que desear en materia de diversidad y violencia.

Con el ingreso en la fase fálica, las diferencias entre los sexos retroceden en toda la línea ante las concordancias. Ahora tenemos que admitir que **la niña pequeña es como un pequeño varón**. Según es sabido, esta fase se singulariza en el varoncito por el hecho de que **sabe procurarse sensaciones placenteras de su pequeño pene**, y conjuga el estado de excitación de este con sus representaciones de comercio sexual. **Lo propio hace la niña con su clítoris**, aún más pequeño. Parece que en ella todos los actos onanistas tuvieran por teatro este equivalente del pene, y **que la vagina, genuinamente femenina, fuera todavía algo no descubierto para ambos sexos**. Es cierto que algunas voces aisladas informan acerca de sensaciones vaginales prematuras, pero no parece fácil distinguirlas de sensaciones en el ano o el vestíbulo; en ningún caso pueden desempeñar gran papel. Ello nos autoriza a establecer que **en la fase fálica de la niña el clítoris es la zona erógena rectora**. Pero no está destinada a seguir siéndolo; **con la vuelta hacia la feminidad el clítoris debe ceder en todo o en parte a la vagina su sensibilidad y con ella su valor**, y esta sería una de las dos tareas que el desarrollo de la mujer tiene que solucionar, mientras que el varón, con más suerte, no necesita sino continuar en la época de su madurez sexual lo que ya había ensayado durante su temprano florecimiento sexual. Hemos de volver luego sobre el papel del clítoris; consideremos ahora la segunda tarea que gravita sobre el desarrollo de la niña.

El primer objeto de amor del varoncito es la madre, quien lo sigue siendo también en la formación del complejo de Edipo, en el fondo, durante toda la vida. **También para la niña tiene que ser la madre** –y las figuras del ama y la niñera, que se fusionan con ella– el primer objeto; en efecto, las primeras investiduras de objeto se producen por apuntalamiento en la satisfacción de las grandes y simples necesidades vitales, y las circunstancias de la crianza son las mismas para los dos sexos.

Ahora bien, **en la situación edípica es el padre quien ha devenido objeto de amor para la niña**, y esperamos que en un desarrollo de curso normal esta encuentre, desde el objeto-padre, el camino hacia la elección definitiva de objeto. Por lo tanto, con la alternancia de los períodos la niña debe trocar zona erógena y objeto, mientras que el varoncito retiene ambos.

Así nace el problema de averiguar cómo ocurre esto y, en particular, **cómo pasa la niña de la madre a la ligazón con el padre** o, con otras palabras, **de su fase masculina a la femenina, que es su destino biológico**. En este punto conseguiríamos una solución ideal por su simplicidad **si estuviéramos autorizados a suponer que a partir de determinada edad rige el influjo elemental de la atracción recíproca entre los sexos**, que esforzaría a la mujercita hacia el varón, mientras que la misma ley permitiría al varoncito perseverar en la madre. Y aun cabría conjeturar que los niños siguen en esto las señales que les imparte la predilección sexual de sus progenitores. Pero no nos será deparada una tan fácil solución; ni siquiera sabemos si nos es lícito creer en serio en ese misterioso poder, ya no susceptible de descomposición analítica, que tanto entusiasmo a los poetas. Laboriosas indagaciones nos han proporcionado una información de tipo muy diverso, para la cual al menos es fácil procurarse el material. Es esta: ustedes saben que es muy grande el número de mujeres que hasta épocas tardías permanecen en la dependencia tierna respecto del objeto-padre, y aun del padre real. En tales mujeres de intensa y duradera ligazón-padre hemos hecho sorprendentes comprobaciones. Sabíamos, desde luego, que había existido un estadio previo de ligazón-madre, pero no sabíamos que pudiera poseer un contenido tan rico, durar tanto tiempo, dejar como secuela tantas ocasiones para fijaciones y predisposiciones. Durante ese período el padre es sólo un fastidioso rival; **en muchos casos la ligazón-madre dura hasta pasado el cuarto año. Casi todo lo que más tarde hallamos en el vínculo con el padre preexistió en ella, y fue trasferido de ahí al padre.**

En suma, llegamos al convencimiento de que no se puede comprender a la mujer si no se pondera esta fase de la ligazón-madre preedípica.

Ahora queremos saber cuáles son los vínculos libidinosos de la niña con la madre. He aquí la respuesta: **son muy diversos**. Puesto que atraviesan por las tres fases de la sexualidad infantil, cobran los caracteres de cada una de ellas, se expresan mediante deseos orales, sádico-anales y fálicos. Esos deseos subrogan tanto mociones activas como pasivas; si se los refiere – cosa que debe evitarse en lo posible– a la diferenciación entre los sexos, cuya emergencia es posterior, se los puede llamar masculinos y femeninos. Además, son por completo ambivalentes, tanto de naturaleza tierna como hostil-agresiva. Estos últimos suelen salir a la luz únicamente después que han sido mudados en representaciones de angustia.

No siempre es fácil pesquisar la formulación de estos tempranos deseos sexuales; el que se expresa con mayor nitidez es **el de hacerle un hijo a la madre, así como su correspondiente, el de parirle un hijo, ambos pertenecientes al período fálico**, bastante extraños, pero comprobados fuera de duda por la observación analítica.

El atractivo de estas indagaciones reside en los sorprendentes descubrimientos que nos proporcionan. Por ejemplo, ya en este período preedípico se descubre, referida a la madre, la angustia de ser asesinado o envenenado, que más tarde puede constituir el núcleo de una paranoia.

O este otro caso: Recuerdan ustedes un interesante episodio de la historia de la investigación analítica que me hizo pasar muchas horas penosas. En la época en que el principal interés se dirigía al descubrimiento de traumas sexuales infantiles, casi todas mis pacientes mujeres me referían que habían sido seducidas por su padre. **Al fin tuve que llegar a la intelección de que esos informes eran falsos, y así comprendí que los síntomas histéricos derivan de fantasías, no de episodios reales.** Sólo más tarde pude discernir en esta fantasía de la seducción por el padre la expresión del complejo de Edipo típico en la mujer.

Y ahora reencontramos la fantasía de seducción en la prehistoria pre-edípica de la niña, pero **la seductora es por lo general la madre.** Empero, aquí la fantasía toca el terreno de la realidad, pues fue efectivamente la madre quien a raíz de los menesteres del cuidado corporal provocó sensaciones placenteras en los genitales, y acaso hasta las despertó por vez primera.

No dudo de que estarán prestos a sospechar que es recargada esta pintura de la riqueza y **la intensidad de los vínculos sexuales de la niña pequeña con su madre.** Cada quien tiene oportunidad de ver niñas pequeñas y no les nota nada parecido. Pero la objeción no es válida; es posible ver en los niños hartas cosas si se sabe observarlos, y, además, reparen ustedes en lo poco que el niño puede expresar o aun comunicar sobre sus deseos sexuales. No hacemos entonces sino valemos de un buen derecho si estudiamos con posterioridad los residuos y consecuencias de ese universo de sentimientos en personas en quienes esos procesos de desarrollo han alcanzado una plasmación particularmente nítida o hasta hipertrófica.

En efecto, la patología nos ha prestado siempre el servicio de darnos a conocer por aislamiento y exageración constelaciones que en la normalidad habrían permanecido ocultas. Y como nuestras indagaciones en modo alguno se realizaron en personas que padecieran una anormalidad grave, yo creo que estamos autorizados a considerar fidedignos sus resultados. Dirijamos ahora nuestro interés a este problema preciso: ¿A raíz de qué, pues, se va a pique {se va al fundamento} esta potente ligazón-madre de la niña? Sabemos que ese es su destino habitual: está destinada a dejar sitio a la ligazón padre. Tropezamos entonces con un hecho que nos indica el camino a seguir. En este paso del desarrollo no se trata de un simple cambio de vía del objeto. El extrañamiento respecto de la madre se produce bajo el signo de la hostilidad, la ligazón-madre acaba en odio.

Ese odio puede ser muy notable y perdurar toda la vida, puede ser cuidadosamente sobrecompensado más tarde; por lo común una parte de él se supera y otra permanece. Sobre esto ejercen fuerte influencia, desde luego, los episodios de años posteriores. Pero limitémonos a estudiarlo en la época de la vuelta hacia el padre y a indagar sus motivaciones. Escuchamos entonces una larga lista de acusaciones y cargos contra la madre, destinados a justificar los sentimientos hostiles del niño; son de muy diverso valor, cuya ponderación no omitiremos. Muchos son racionalizaciones manifiestas; queda a nuestro cargo hallar las fuentes reales de la hostilidad.

De esos reproches a la madre, el que se remonta más atrás es el de haber suministrado poca leche al niño, lo cual es explicitado como falta de amor. Ahora bien, en nuestras familias este reproche tiene cierta justificación. A menudo las madres no poseen alimento suficiente para el niño y se limitan a amamantarlo algunos meses, medio año o tres trimestres. Entre pueblos primitivos, los niños son alimentados en el pecho materno hasta los dos o tres años. La figura de la nodriza nutricia se fusiona por lo común con la de la madre; cuando esto no acontece, el reproche se muda en este otro: que la madre despidió demasiado pronto a la nodriza, quien alimentaba al niño con tan buena disposición. Pero cualquiera que haya sido la situación real, es imposible que el reproche del hijo esté justificado tantas veces como se lo encuentra. **Parece más bien que el ansia del niño por su primer alimento es lisa y llanamente insaciable, y que nunca se consoló de la pérdida del pecho materno.** No me sorprendería nada que el análisis de un primitivo, pese a que este tiene permitido mamar del pecho materno cuando ya puede correr y hablar, sacara a la luz el mismo reproche.

Hasta es probable que la angustia de envenenamiento tenga íntima relación con el destete. Veneno es el alimento que a uno le hace mal. Acaso el niño atribuya sus primeras enfermedades a esa denegación. Es que hace falta ya una buena dosis de adiestramiento intelectual para creer en el azar; el primitivo, el ignorante, y sin duda también el niño, saben indicar una razón para todo lo que sucede. Quizás originariamente fue un motivo en el sentido del animismo. **Todavía hoy, en muchos estratos de nuestra población no puede morir nadie sin que se crea que fue asesinado por otro, de preferencia el médico.** Y la reacción neurótica regular ante la muerte de una persona allegada es, también, la autoinculpación de que uno mismo ha causado esa muerte.

La próxima acusación a la madre se aviva cuando el siguiente hijo aparece en su cuna. Si es posible, retiene el nexo con la denegación oral. La madre no quiso o no pudo dar más leche al niño porque necesitaba el alimento para el recién llegado. En los casos en que los niños se llevan tan poca diferencia de edad que la segunda gravidez interfiere la lactancia, este reproche cobra por cierto una base real y, asombrosamente, ni siquiera con una diferencia de sólo once meses es el niño demasiado joven para percatarse de la situación. Pero el amamantamiento no es lo único que enemista al niño con el indeseado intruso y rival; igual efecto traducen todos los otros signos del cuidado materno. Se siente destronado, despojado, menoscabado en sus derechos, siente un odio celoso sobre el hermanito y desarrolla hacia la madre infiel una inquina que muy a menudo se expresa en una desagradable alteración de su conducta. Se vuelve acaso «díscolo», irritable, desobediente, e involuciona en sus conquistas sobre el gobierno de las excreciones. Todo esto es sabido desde hace mucho tiempo y se acepta como evidente, pero es raro que nos formemos la representación cabal de la intensidad de esas mociones celosas, de la tenacidad con que permanecen adheridas, así como de la magnitud de su influjo sobre el desarrollo posterior; en particular, porque esos celos reciben continuo alimento en los

años siguientes de la niñez, y toda la conmoción se repite con cada nuevo hermanito.

No cambia mucho las cosas que el niño siga siendo el preferido de la madre; **las exigencias de amor de los niños no tienen medida, exigen exclusividad, no admiten ser compartidas.** Una rica fuente para la hostilidad del niño hacia su madre la proporcionan sus múltiples deseos sexuales, variables de acuerdo con la fase libidinal, y que casi nunca pueden ser satisfechos. La más intensa de estas denegaciones se produce en el período fálico, cuando la madre prohíbe el quehacer placentero en los genitales –a menudo con duras amenazas y todos los signos del disgusto–, hacia el cual, empero, ella misma había orientado al niño.

Uno creería que son motivos suficientes para fundar el extrañamiento de la niña respecto de su madre. Se juzgaría, entonces, que esa discordia se sigue inevitablemente de la naturaleza de la sexualidad infantil, lo desmedido de las exigencias de amor y la imposibilidad de cumplir los deseos sexuales. O se podría pensar que este primer vínculo de amor del niño está condenado al sepultamiento justamente porque es el primero, pues esas tempranas investiduras de objeto son por lo general ambivalentes en alto grado; junto al amor intenso está siempre presente una intensa inclinación agresiva, y **cuanto más apasionadamente ame el niño a su objeto, tanto más sensible se volverá para los desengaños y denegaciones de su parte.** Al fin, el amor tendrá que sucumbir a la hostilidad acumulada.

O bien uno puede desautorizar esa ambivalencia originaria de las investiduras de amor y apuntar que es la particular naturaleza de la relación madre-hijo la que con igual inevitabilidad lleva a la perturbación del amor infantil, pues aun la educación más blanda no puede hacer otra cosa que ejercer compulsión e introducir limitaciones, y cada una de estas intromisiones en su libertad tiene que producir en el niño, como reacción, la inclinación a rebelarse y agredir.

Creo que el examen de estas posibilidades podría volverse muy interesante, pero interviene de pronto una objeción que empuja nuestro interés hacia otro rumbo. Todos estos factores –las postergaciones, los desengaños de amor, los celos, la seducción con la prohibición subsiguiente– **adquieren sin duda eficacia también en la relación del varoncito con su madre, pero no son capaces de enajenarlo del objeto-madre.** Si no hallamos algo que sea específico para la niña y no se presente en el varoncito, o no lo haga de igual modo, no habremos explicado el desenlace de la ligazón-madre en aquella. Creo que hemos hallado ese factor específico, y por cierto donde esperábamos hallarlo, si bien en forma sorprendente.

Donde esperábamos hallarlo, digo, pues reside en el **complejo de castración.** Y en efecto, **la diferencia anatómica entre los sexos** no puede menos que imprimirse en consecuencias psíquicas. Pero fue una sorpresa enterarse, por los análisis, que **la muchacha hace responsable a la madre de su falta de pene y no le perdona ese perjuicio. Como lo oyen, también a la mujer le atribuimos un complejo de castración.** Y con buen fundamento; pero no

puede tener el mismo contenido que en el varón. En este, **el complejo de castración nace después que por la visión de unos genitales femeninos se enteró de que el miembro tan estimado por él no es complemento necesario del cuerpo**. Entonces se acuerda de las amenazas que se atrajo por ocuparse de su miembro, empieza a prestarles creencia, y a partir de ese momento cae bajo el influjo de la angustia de castración, que pasa a ser el más potente motor de su ulterior desarrollo.

El complejo de castración de la niña se inicia, asimismo, con la visión de los genitales del otro sexo. Al punto nota la diferencia y –es preciso admitirlo– su significación. **Se siente gravemente perjudicada**, a menudo expresa que le gustaría «tener también algo así», y **entonces cae presa de la envidia del pene**, que deja huellas imborrables en el desarrollo y en la formación de su carácter, y aun en el caso más favorable no se superará sin un serio gasto psíquico. Que la niña admita el hecho de su falta de pene no quiere decir que se someta sin más a él. Al contrario, se aferra por largo tiempo al deseo de llegar a tener algo así, cree en esa posibilidad hasta una edad inverosímilmente tardía, y aun en épocas en que su saber de la realidad hace mucho desechó por inalcanzable el cumplimiento de ese deseo, el análisis puede demostrar que se ha conservado en lo inconsciente y ha retenido una considerable investidura energética.

El deseo de obtener al fin el pene anhelado puede prestar todavía su contribución a los motivos que llevan a la mujer madura al análisis, y lo que razonablemente le cabe esperar de este último (p. ej., la aptitud para ejercer un oficio, intelectual) es discernible a menudo como una metamorfosis sublimada de ese deseo reprimido. **La importancia de la envidia del pene es indudable**. Acaso lo juzguen un ejemplo de injusticia masculina si asevero que **envidia y celos desempeñan en la vida anímica de las mujeres un papel todavía mayor que en la de los varones**. No es que en estos últimos se encuentren ausentes tales cualidades, ni que en las mujeres no tuvieran otra raíz que la envidia del pene; pero nos inclinamos a atribuir a este último influjo el plus que hay en las mujeres.

Sin embargo, en muchos analistas ha surgido la tendencia a rebajar el valor de esa primera oleada de envidia del pene dentro de la fase fálica. A su juicio, lo que de esa actitud se encuentra en la mujer es, en lo esencial, una formación secundaria producida en oportunidad de posteriores conflictos por vía de regresión a aquella moción de la primera infancia. Ahora bien, es este un problema general de la psicología de lo profundo.

Respecto de muchas actitudes pulsionales patológicas –o aun sólo insólitas–, por ejemplo, todas las perversiones sexuales, cabe preguntar cuánto de su intensidad debe atribuirse a fijaciones de la primera infancia y cuánto al influjo de vivencias o desarrollos posteriores. Casi siempre se trata ahí de unas series complementarias como las que supusimos en la elucidación de la etiología de las neurosis. Ambos factores participan con proporciones alternas en la causación; una disminución en uno de los lados es compensada por un aumento en el otro. Lo infantil es en todos los casos lo que marca la dirección; no siempre es lo decisivo, pero sí lo es muy a

menudo. Justamente en el caso de la envidia del pene yo sustentaría sin vacilar la preeminencia del factor infantil.

El descubrimiento de su castración es un punto de inflexión en el desarrollo de la niña. De ahí parten tres orientaciones del desarrollo: una lleva a la inhibición sexual o a la neurosis; la siguiente, a la alteración del carácter en el sentido de un complejo de masculinidad, y la tercera, en fin, a la feminidad normal. Acerca de las tres hemos averiguado bastante, si bien no todo.

El contenido esencial de la primera es que la niña pequeña, que hasta ese momento había vivido como varón, sabía procurarse placer por excitación de su clítoris y relacionaba este quehacer con sus deseos sexuales, con frecuencia activos, referidos a la madre, ve estropearse el goce de su sexualidad fálica por el influjo de la envidia del pene. La comparación con el varón, tanto mejor dotado, es una afrenta a su amor propio; renuncia a la satisfacción masturbatoria en el clítoris, desestima su amor por la madre y entonces no es raro que reprima una buena parte de sus propias aspiraciones sexuales. Es cierto que el extrañamiento respecto de la madre no se produce de un golpe, pues la muchacha al comienzo considera su castración como una desventura personal, sólo poco a poco la extiende a otras personas del sexo femenino y, por último, también a la madre. Su amor se había dirigido a la madre fálica; con el descubrimiento de que la madre es castrada se vuelve posible abandonarla como objeto de amor, de suerte que pasan a prevalecer los motivos de hostilidad que durante largo tiempo se habían ido reuniendo. Vale decir, pues, que por el descubrimiento de la falta del pene la mujer resulta desvalorizada tanto para la niña como para el varoncito, y luego, tal vez, para el hombre.

Todos ustedes saben cuán sorprendente valor etiológico conceden nuestros neuróticos a su onanismo. Lo responsabilizan de todos sus achaques y nos da mucho trabajo hacerles creer que están en un error. Pero en verdad deberíamos concederles que tienen razón, pues el onanismo es el poder ejecutivo de la sexualidad infantil, y a ellos justamente los aqueja el fallido desarrollo de esta última. Ahora bien, los neuróticos casi siempre echan la culpa al onanismo de la pubertad; al de la primera infancia, que es el que en realidad interesa, lo han olvidado las más de las veces. Querría tener algún día la oportunidad de probarles circunstanciadamente la importancia que adquieren todos los detalles fácticos del onanismo temprano para la posterior neurosis o el carácter del individuo: si fue descubierto o no, el modo en que los padres lo combatieron o toleraron, si el niño consiguió sofocarlos por sí mismo. Todo esto deja huellas imperecederas en su desarrollo. Pero más bien me alegra no tener que hacerlo aquí; sería una tarea larga, tediosa, y al final ustedes me pondrían en aprietos porque seguramente me pedirían consejos prácticos acerca de la conducta que uno debe adoptar en calidad de padre o de educador frente al onanismo de los niños pequeños.

Pues bien; en el desarrollo de la niña tienen un ejemplo en que el propio niño se empeña en librarse del onanismo. Pero no siempre lo consigue.

Cuando la envidia del pene ha despertado un fuerte impulso contrario al onanismo clitorídeo y este, empero, no quiere ceder, se entabla una violenta lucha por liberarse; **en esa lucha la niña asume ella misma, por así decir, el papel de la madre ahora destituida** y expresa todo su descontento con el clítoris inferior en la repulsa a la satisfacción obtenida en él. Muchos años después, cuando el quehacer onanista hace largo tiempo que fue sofocado, se continúa un interés que debemos interpretar como defensa contra una tentación que se sigue temiendo. Se exterioriza en la emergencia de una simpatía hacia personas a quienes se atribuyen dificultades parecidas, entra como motivo del casamiento y hasta puede comandar la elección del marido o del compañero en el amor.

En verdad, el modo en que se tramite la masturbación de la primera infancia no es asunto fácil ni indiferente. Con el abandono de la masturbación clitorídea se renuncia a una porción de actividad. **Ahora prevalece la pasividad, la vuelta hacia el padre se consume predominantemente con ayuda de mociones pulsionales pasivas.** Tal oleada de desarrollo, que remueve la actividad fálica, allana el terreno a la feminidad. Cuando no es mucho lo que a raíz de ello se pierde por represión, esa feminidad puede resultar normal. **El deseo con que la niña se vuelve hacia el padre es sin duda, originariamente, el deseo del pene que la madre le ha denegado y ahora espera del padre.**

Sin embargo, la situación femenina sólo se establece **cuando el deseo del pene se sustituye por el deseo del hijo**, y entonces, siguiendo una antigua equivalencia simbólica, **el hijo aparece en lugar del pene.** No se nos escapa que la niña había deseado un hijo ya antes, en la fase fálica no perturbada; ese era, sin duda alguna, **el sentido de su juego con muñecas.** Pero ese juego no era propiamente la expresión de su feminidad; servía a la identificación-madre en el propósito de sustituir la pasividad por actividad. **Jugaba a la madre, y la muñeca era ella misma;** entonces podía hacer con el hijo todo lo que la madre solía hacer con ella. Sólo con aquel punto de arribo del deseo del pene, el hijo-muñeca deviene un hijo del padre y, desde ese momento, la más intensa meta de deseo femenina.

Es grande la dicha cuando ese deseo del hijo halla más tarde su cumplimiento en la realidad, y muy especialmente cuando el hijo es un varoncito, que trae consigo el pene anhelado. En la expresión compuesta «un hijo del padre», muy a menudo el acento recae sobre el hijo, y no insiste en el padre. Así, el antiguo deseo masculino de poseer el pene sigue trasluciéndose a través de la feminidad consumada.

Pero quizá debiéramos ver en este deseo del pene, más bien, un deseo femenino por excelencia. **Con la transferencia del deseo hijo-pene al padre, la niña ha ingresado en la situación del complejo de Edipo. La hostilidad a la madre, que no necesita ser creada como si fuera algo nuevo,** experimenta ahora un gran refuerzo, pues deviene la rival que recibe del padre todo lo que la niña anhela de él. **Por largo tiempo el complejo de Edipo de la niña nos impidió ver esa ligazón-madre preedípica que, sin embargo, es tan importante y deja como secuela fijaciones tan duraderas.** Para la niña, la

situación edípica es el desenlace de un largo y difícil proceso, una suerte de tramitación provisional, una posición de reposo que no se abandona muy pronto, sobre todo porque el comienzo del período de latencia no está lejos.

Y en este punto, en **la relación del complejo de Edipo con el de castración**, nos salta a la vista una diferencia entre los sexos, probablemente grávida en consecuencias. **El complejo de Edipo del varoncito**, dentro del cual anhela a su madre y querría eliminar a su padre como rival, se desarrolla desde luego a partir de la fase de su sexualidad fálica. Ahora bien, la amenaza de castración lo constriñe a resignar esta postura (actitud). **Bajo la impresión del peligro de perder el pene, el complejo de Edipo es abandonado, reprimido, en el caso más normal radicalmente destruido**, y se instaura como su heredero un severo superyó.

Lo que acontece en la niña es casi lo contrario. El complejo de castración prepara al complejo de Edipo en vez de destruirlo; por el influjo de la envidia del pene, la niña es expulsada de la ligazón-madre y desemboca en la situación edípica como en un puerto. Ausente la angustia de castración, falta el motivo principal que había esforzado al varoncito a superar el complejo de Edipo. La niña permanece dentro de él por un tiempo indefinido, sólo después lo deconstruye y aun entonces lo hace de manera incompleta. En tales constelaciones tiene que sufrir menoscabo la formación del superyó, no puede alcanzar la fuerza y la independencia que le confieren su significatividad cultural y ... las feministas no escucharán de buen grado si uno señala las consecuencias de este factor para el carácter femenino medio.

Ahora volvamos atrás: mencionamos como **la segunda de las reacciones posibles tras el descubrimiento de la castración femenina el desarrollo de un fuerte complejo de masculinidad**. Se quiere significar con esto que, por así decir, la niña se rehúsa a reconocer el hecho desagradable; con una empecinada rebeldía carga todavía más las tintas sobre la masculinidad que tuvo hasta entonces, mantiene su quehacer clitorídeo y busca refugio en una identificación con la madre fálica o con el padre.

¿Qué será lo decisivo para este desenlace? No podemos imaginar otra cosa que un factor constitucional, una proporción mayor de actividad, como suele ser característica del macho. Empero, lo esencial del proceso es que en este lugar del desarrollo se evita la oleada de pasividad que inaugura el giro [Wendung] hacia la feminidad. Como la operación más extrema de este complejo de masculinidad se nos aparece su influjo sobre la elección de objeto en el sentido de una homosexualidad manifiesta.

Es verdad que la experiencia analítica nos enseña que **la homosexualidad femenina** rara vez o nunca continúa en línea recta a la masculinidad infantil. Parece deberse a que también esas muchachas toman por objeto al padre durante cierto lapso y se internan en la situación edípica. Pero luego son esforzadas a regresar a su anterior complejo de masculinidad en virtud de las infaltables desilusiones con el padre. No es lícito sobrestimar el valor de

tales desengaños; tampoco le son ahorrados a la niña destinada a la feminidad, y en ella no producen igual resultado.

El hiperpoder del factor constitucional parece indiscutible, pero las dos fases del **desarrollo de la homosexualidad femenina** se reflejan muy claramente en las prácticas de las homosexuales, que con la misma frecuencia e igual nitidez desempeñan los papeles de madre e hija como los de varón y mujer. Lo que acabo de referirles es, por llamarlo así, **la prehistoria de la mujer**. Es una adquisición de estos últimos años, y acaso les resultó interesante como muestra de un trabajo analítico de detalle. Puesto que el tema es la mujer misma, me permito mencionar esta vez algunos nombres propios de mujeres a quienes esta indagación debe contribuciones importantes.

La doctora Ruth Mack Brunswick [1928b] fue la primera en describir un caso de neurosis que se remontaba a una fijación al estadio preedípico y no había alcanzado en modo alguno la situación edípica. Tenía la forma de una paranoia de celos y demostró ser accesible a la terapia. La doctora Jeanne Lampl-de Groot [1927] ha comprobado con observaciones ciertas la tan increíble actividad fálica de la niña hacia la madre, y la doctora Helene Deutsch [1932] demostró que los actos de amor de mujeres homosexuales reproducen los vínculos madre-hijo.

No es mi propósito perseguir **la ulterior conducta de la feminidad a través de la pubertad hasta llegar a la época de la madurez**. Por lo demás, nuestras intelecciones resultarían insuficientes para ello. En lo que sigue reuniré algunos rasgos. Tomando como base la prehistoria, sólo destacaré aquí que el despliegue de la feminidad está expuesto a ser perturbado por los fenómenos residuales de la prehistoria masculina. Las regresiones a las fijaciones de aquellas fases preedípicas son muy frecuentes; en muchos ciclos de vida se llega a una repetida alternancia de épocas en que predomina la masculinidad o la feminidad.

Una parte de lo que nosotros los varones llamamos **el «enigma femenino»** acaso derive de esa **expresión de bisexualidad en la vida de la mujer**. Ahora bien, en el curso de estas indagaciones parece haber madurado el veredicto sobre otra cuestión. **Hemos llamado «libido» a la fuerza pulsional de la vida sexual. La vida sexual está gobernada por la polaridad masculino-femenino; esto nos sugiere considerar la relación de la libido con esa oposición**. No sorprendería si a cada sexualidad se subordinara su libido particular, de suerte que una clase de libido persiguiera las metas de la vida sexual masculina y otra las de la femenina. Pero no hay nada semejante.

Existe sólo una libido, que entra al servicio de la función sexual tanto masculina como femenina. No podemos atribuirle sexo alguno; si de acuerdo con la equiparación convencional entre actividad y masculinidad queremos llamarla masculina, no debemos olvidar que subroga también aspiraciones de metas pasivas. Comoquiera que sea, la expresión «libido femenina» carece de todo justificativo. Además, es nuestra impresión que se ha ejercido sobre la libido mayor compulsión cuando se la presionó a entrar al servicio de la función femenina, y que –para hablar teleológicamente– la

naturaleza puso menos cuidado en considerar las exigencias de esta última que en el caso de la masculinidad. Y acaso –concebido otra vez en términos teleológicos– esto tenga su fundamento en que **el logro de la meta biológica es confiado a la agresión del varón y en alguna medida se lo ha vuelto independiente de la aquiescencia de la mujer.**

La frigidez sexual de la mujer, cuya frecuencia parece confirmar esa postergación, es un fenómeno mal comprendido, psicógena muchas veces, y entonces accesible a la terapia, sugiere en otros casos la hipótesis de un condicionamiento constitucional, y aun la contribución de un factor anatómico.

He prometido presentarles todavía algunas particularidades psíquicas de la feminidad madura, tal como las encontramos en la observación analítica. No reclamamos para estas aseveraciones más que un valor de verdad en el promedio; además, **no siempre es fácil distinguir qué debe atribuirse al influjo de la función sexual y qué a la domesticación social.**

Adjudicamos a la feminidad, pues, un alto grado de narcisismo, que influye también sobre su elección de objeto, de suerte que para la mujer la necesidad de ser amada es más intensa que la de amar. **En la vanidad corporal de la mujer** sigue participando el efecto de la envidia del pene, pues ella no puede menos que apreciar tanto más sus encantos como tardío resarcimiento por la originaria inferioridad sexual.

La vergüenza, considerada una cualidad femenina por excelencia, pero fruto de la convención en medida mucho mayor de lo que se creería, la atribuimos al propósito originario de ocultar el defecto de los genitales. No olvidamos que luego ha tomado sobre sí otras funciones. Se cree que las mujeres han brindado escasas contribuciones a los descubrimientos e inventos de la historia cultural, pero son tal vez las inventoras de una técnica: la del trenzado y tejido. Si así fuera, uno estaría tentado a colegir el motivo inconsciente de ese logro. La naturaleza misma habría proporcionado el arquetipo para esa imitación haciendo crecer el vello pubiano con la madurez genital, el vello que encubre los genitales. El paso que aún restaba dar consistió en hacer que adhirieran unos a otros los hilos, que en el cuerpo pendían de la piel y sólo estaban enredados.

Si ustedes rechazan esta ocurrencia por fantástica, y **consideran que es una idea fija mía la del influjo de la falta del pene sobre la conformación de la feminidad,** yo quedo, naturalmente, indefenso. Las condiciones de la elección de objeto de la mujer se vuelven hartas veces irreconocibles por obra de las circunstancias sociales. Cuando puede mostrarse libremente, se produce a menudo siguiendo el ideal narcisista del varón que la niña había deseado devenir. Si ella ha permanecido dentro de la ligazón-padre –es decir, del complejo de Edipo–, elige según el tipo paterno. Puesto que en la vuelta desde la madre hacia el padre la hostilidad del vínculo ambivalente de sentimientos permaneció junto a la madre, tal elección debiera de asegurar un matrimonio dichoso.

Pero muy a menudo interviene otro desenlace que en general amenaza esa tramitación del conflicto de ambivalencia. La hostilidad que se dejó atrás alcanza a la ligazón positiva y desborda sobre el nuevo objeto. **El marido, que había heredado al padre, entra con el tiempo en posesión de la herencia materna. Entonces ocurre fácilmente que la segunda mitad de la vida de una mujer se llene con la lucha contra su marido, así como la primera, más breve, lo estuvo con la rebelión contra su madre.** Tras desfogarse la reacción, es fácil que un segundo matrimonio se plasme de manera mucho más satisfactoria.

Otra mudanza en el ser de la mujer, para la cual los amantes no están preparados, puede sobrevenir **luego del nacimiento del primer hijo en el matrimonio.** Bajo la impresión de la propia maternidad puede revivirse una identificación con la madre propia, identificación contra la cual la mujer se había rebelado hasta el matrimonio, y atraer hacia sí toda la libido disponible, de suerte que la compulsión de repetición reproduzca un matrimonio desdichado de los padres.

Que el antiguo factor de la falta de pene no siempre ha perdido su fuerza se demuestra en la diversa reacción de la madre frente al nacimiento de un hijo según sea varón o mujer. **Sólo la relación con el hijo varón brinda a la madre una satisfacción irrestricta;** es en general la más perfecta, la más exenta de ambivalencia de todas las relaciones humanas. **La madre puede transferir sobre el varón la ambición que debió sofocar en ella misma, esperar de él la satisfacción de todo aquello que le quedó de su complejo de masculinidad.** El matrimonio mismo no está asegurado hasta que la mujer haya conseguido hacer de su marido también su hijo, y actuar [agieren] la madre respecto de él.

La identificación-madre de la mujer permite discernir dos estratos: el preedípico, que consiste en la ligazón tierna con la madre y la toma por arquetipo, y el posterior, derivado del complejo de Edipo, que quiere eliminar a la madre y sustituirla junto al padre. De ambos estratos es mucho lo que queda pendiente para el futuro, y hasta hay derecho a decir que ninguno se supera en medida suficiente en el curso del desarrollo. Empero, la fase de la ligazón preedípica tierna es la decisiva para el futuro de la mujer; en ella se prepara la adquisición de aquellas cualidades con las que luego cumplirá su papel en la función sexual y costeará sus inapreciables rendimientos sociales.

En esa identificación conquista también su atracción sobre el varón, **atizando hasta el enamoramiento la ligazón-madre edípica de él. Sin embargo, con harta frecuencia sólo el hijo varón recibe lo que el varón pretendía para sí.** Uno tiene la impresión de que el amor del hombre y el de la mujer están separados por una diferencia de fase psicológica. El hecho de que sea preciso atribuir a la mujer escaso sentido de la justicia tiene íntima relación con el predominio de la envidia en su vida anímica, pues el reclamo de justicia es un procesamiento de la envidia, indica la condición bajo la cual uno puede desistir de esta.

También decimos acerca de las mujeres que sus intereses sociales son más endebles que los del varón, así como es menor su aptitud para la sublimación de lo pulsional. Lo primero deriva sin duda del carácter disocial que es rasgo inequívoco de todos los vínculos sexuales. Los amantes se bastan uno al otro y aun la familia es reacia a su inclusión en asociaciones más amplias. La aptitud para la sublimación está sujeta a las máximas variaciones individuales.

En cambio, no puedo dejar de mencionar una impresión que se recibe una y otra vez en la actividad analítica. **Un hombre que ronde la treintena nos aparece como un individuo joven, más bien inmaduro, del cual esperamos que aproveche abundantemente las posibilidades de desarrollo que le abre el análisis. Pero una mujer en la misma época de la vida nos aterra a menudo por su rigidez psíquica y su inmutabilidad.** Su libido ha adoptado posiciones definitivas y parece incapaz de abandonarlas por otras. No se obtienen vías hacia un ulterior desarrollo; es como si todo el proceso estuviera concluido y no pudiera influirse más sobre él desde entonces; más aún; **es como si el difícil desarrollo hacia la feminidad hubiera agotado las posibilidades de la persona.**

Como terapeutas lamentamos ese estado de cosas, aunque consigamos poner término al sufrimiento mediante la tramitación del conflicto neurótico. Eso es todo lo que tenía para decirles acerca de la feminidad. Es por cierto incompleto y fragmentario, y no siempre suena grato. Pero no olviden que hemos descrito a la mujer sólo en la medida en que su ser está comandado por su función sexual. Este influjo es sin duda muy vasto, **pero no perdemos de vista que la mujer individual ha de ser además un ser humano.** Si ustedes quieren saber más acerca de la feminidad, inquieran a sus propias experiencias de vida, o diríjense a los poetas, o aguarden hasta que la ciencia pueda darles una información más profunda y mejor entramada.»
